



**DETLI**

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales  
Dirigido por Miguel Ángel Garrido Gallardo  
ISBN 978-950-585-116-4



UNION  
ACADEMIQUE  
INTERNATIONALE

## Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Madrid, 2015

**distopía.** Del lat. mod. *dystopia*, y éste del gr. δυσ- dys- ‘dis-2’ y utopia ‘utopía’. 1. f. Representación fingida de una sociedad futura de caracteres negativos causantes de alienación humana.

*La distopía en cuanto género literario es un tipo de novela que expresa el resultado de la utopía, el efecto de su implantación social, una derivación que no aparece descrita en la narrativa emancipatoria y cuyo dramatismo se complementa con el carácter anticipatorio o profético del curso social guiado por los ideales quiméricos, respecto a los cuales expresa irónica y algo latentemente el pensamiento idóneo.*

El proceso de politización del mundo social y humano que arrancó del Renacimiento, al que nos hemos referido, se ha desplegado en la historia humana de modo planetario y su poder se ha intensificado de manera exponencial. Ha dado lugar a que se haya instalado la omnipresencia latente del recóndito poder que impulsa la revolución y ha generado un mundo sin historia, sin verdad, sin palabra, sin arte, sin derecho, sin personalidad, sin Dios. La avalancha de propaganda política que todo lo sofoca comporta que, de ese proceso, no se nos informe adecuadamente en los medios de comunicación ni en los sistemas educativos públicos, tampoco en las historias oficiales, pero sí en una peculiar rama de la literatura: la distopía. A partir del siglo XX (obviamente con algunos precedentes que, algo forzosamente, podríamos retrotraer a *Don Quijote* que nos muestra ya la imposibilidad de ser un caballero en un mundo de individuos, en un esfuerzo titánico sólo concebible en la locura de Alonso Quijano), o a *El burgués gentilhomme* de Moliere, se ha desplegado una amplia rama de la literatura que constituye un género literario y que conmueve más que por su propio dramatismo por su representación de un mundo futurista en el que el presente se muestra ya inequívocamente atrapado.

## 1. La distopía

Un estudio más profundo, del que este capítulo constituye sólo una pequeña tentativa de aproximación, debería insertar la distopía en los géneros literarios, en el ámbito de la biografía de cada uno de sus autores, a las obras en el contexto de la época y lugar que se producen (*Zeitgeist*) por más que se proyecten siempre en un mundo aparentemente futuro que se anticipa en un curso histórico inevitable. Aquí vamos a presentar algunas ideas para alentar a la reflexión sobre las mismas y sobre su repercusión social con unas referencias provisionales y a modo de guía para adentrarnos en el pantanoso terreno de las distopías. Éstas pueden parecer una forma

de futurismo o de ciencia ficción de entretenimiento, pero contienen un mensaje profundo. Además de las obras citadas en la bibliografía se podría considerar *Los viajes de Gulliver* (1726), de Jonathan Swift, *Sentimental Club* (1909), de Ramón Pérez de Ayala, *La taberna errante* (1914), de Chesterton, a *Kallocaína* (1940) de Karin Boye, donde se trata de conseguir la seguridad y estabilidad del estado con un suero de la verdad, o la película *Juegos del hambre*, basada en la tetralogía de Suzanne Collins y otras novelas de aventuras y ciencia ficción, donde se desempolva la práctica romana de hacer espectáculo jugando con las vidas humanas para complacer a un público que parece sacado del día del orgullo gay.

La palabra distopía, que no aparece en la vigésima primera edición de Diccionario de la Real Academia (de 1992), se ha incorporado ulteriormente: «distopía, Del lat. mod. *dystopia*, y éste del gr.  $\delta\upsilon\sigma\text{-}$  *dys-* 'dis-' y *utopia* 'utopía'. 1. f. Representación ficticia de una sociedad futura de características negativas causantes de la alienación humana»<sup>1</sup>. Si buscamos su etimología, sea a partir del prefijo *dis-* que si remite al griego ( $\delta\upsilon\sigma\text{-}$ ) que expresa dificultad o anomalía (dispepsia, disnea, dislexia, discapacidad) o al prefijo latino *dis-* que supone negación o contrariedad (según aparece en discordancia, o discrepancia, disculpa, disconformidad) o bien separación (distraer) o distinción (distinguir, discernir) vemos aparecer la incongruencia que fácilmente podemos referir al mundo humano que hemos conocido. Con el 'topos' (lugar), *dis-* topos no se designaría un "no-lugar" cuanto a una malformación del lugar (lo opuesto a *eu-topos* o buen lugar). Podríamos referirla a la mayor anomalía para ser humano: la desconexión de la realidad; una disociación debida no a motivos psíquicos, patológicos, narcóticos, literarios, humorísticos, sino a impulsos ideológicos productores de alienación que, con frecuencia, se superponen a los anteriores y que pueden considerarse alienantes porque arrancan al ser humano de su propio mundo cultural y personal.

Lo alienante remite al *Contrato social* en el que «Estas cláusulas bien entendidas se reducen todas a una sola, a saber: la alienación total de cada asociado con todos sus derechos a toda la comunidad... Además, al hacerse la enajenación sin ningún tipo de reserva, la unión es la más perfecta posible y ningún asociado tiene nada que reclamar»<sup>2</sup>, pero no exclusivamente a la

---

<sup>1</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de la lengua española*, 23.<sup>a</sup> ed., [versión 23.4 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [Fecha de la consulta: 26/12/2020].

<sup>2</sup> ROUSSEAU, J.-J.: *El contrato social*, I, VI, p. 15: «Ces clauses bien entendues se réduisent toutes à une seule, savoir l'aliénation totale de chaque associé avec tous ses droits à toute la communauté. Car, premièrement, chacun se donnant tout

## Distopía

formulación rousseauiana del contrato, por más que pueda considerarse paradigmática, sino a toda la noción de contrato social que exige la completa enajenación política de la persona y de sus bienes con el fin de provocar una transformación social y humana, algo que se acentúa drásticamente en el socialismo. Con ella no sólo se menoscaba la vida y la verdad (se relativizan) también se ve afectado el juicio de una instancia imparcial, del juez profesional, en virtud de una autonomía injuzgable que elimina a la ley y al derecho, a la lengua, a la belleza, a lo personal en definitiva y permite deslindar a la distopía en cuanto mundo impersonal.

### 2. El aspecto descriptivo

Toda literatura refleja un mundo, natural y humano, que difiere en cada género, no es igual el mundo de una comedia que el de una tragedia, y en cada obra ¿Qué mundo se nos muestra en la distopía? Se puede ver en ella una simple burla de los alucinógenos planteamientos políticos e identitarios del mundo moderno. También la proyección satírica de un mundo descarriado, en gran parte por la arrogante y embaucadora acción política. Por más que la literatura nos enseñe aspectos de lo permanentemente humano, al fabularlos en otro mundo, de ficción, igual que la profecía parece anticipar un futuro que, en realidad, siempre está ante nuestros ojos, expresando irónicamente un aspecto de la vida que, ofuscados por la agitación igualitaria, no percibimos. Igual que el lenguaje, que el poner nombre a las cosas, que el hecho de nombrarlas, la literatura y la distopía, toda la cultura, producen un efecto performativo que también nos interpela, de mismo modo que lo hacen los estudios que estemos cursando sobre nuestro futuro profesional<sup>3</sup>.

No se puede decir que el universo de la distopía sea imaginario, en el sentido que damos a la imaginación para referir la facultad intelectual capaz de resolver problemas que se le van planteando al ser humano; tampoco en el de un modo de ser fantasioso que esté completamente desligado del presente ni cuyos aterradores presagios sean imposibles, por más que nos parezcan el resultado de una metamorfosis kafkiana. Más bien nos exponen el tenebroso mundo del socialismo que emerge al suprimir la personalidad

---

entier, la condition est égale pour tous, et la condition étant égale pour tous, nul n'a intérêt de la rendre onéreuse aux autres.».

<sup>3</sup> Es difícil que un joven acabe siendo veterinario preparando una oposición de notarías y, más aún, que ni siquiera se dé cuenta de ello.

humana partiendo de los indicios que proporciona el curso político que pasa por la democracia y que arrastra a la fría noche del espíritu, previo paso por la cárcel para la cultura. Una democracia a la que no se puede llamar granja (metafóricamente) porque no deja espacio intelectual para la rebelión. Resulta relevante para los juristas porque quizá el destino que el mundo contemporáneo reserve al derecho, igual que a toda la cultura, sea el expresado en la distopía: el derivado de la noción de superestructura del marxismo.

En su sentido efectivo nos muestran la dinámica de los procesos revolucionarios y nos sirven para detectar, con escasa antelación, las amenazas de la revolución para la humanidad y para la personalidad. En ese sentido constituyen una inquietante alerta, son premonitorias de la despersonalización. Los efectos causan asombro y dejan a los lectores sobrecogidos pese a ser literarios, pero paralelos a la agresividad pública presente que se despliega contra toda disidencia, que podemos ver en que «Es difícil hacerse una idea de los ultrajes e insultos que siguieron a la publicación de un juicio tan lúcido, como fue el caso del periódico *Le Monde*, que acusó a Leys de ser un agente de la Cia. Es cierto no era la primera vez que el Boletín Oficial biempensante hacía algo así: ya había calumniado con anterioridad a Albert Camus y había tratado de atacar a Georg Orwell y a otros»<sup>4</sup>.

En las distopías el *Ancien Régime* es ya cosa del pasado, ha desaparecido por abrogación, y en el nuevo, «El cargo de Rey era asignado a un funcionario cualquiera... En aquella época todo se había vuelto mecánico, y muy especialmente los empleados del gobierno»<sup>5</sup>; el gobierno y lo personal han sido abolidos, no sólo porque haya pasado su tiempo, sino porque no merecen ninguna consideración y se puede borrar cualquier recuerdo o reliquia que quede de ellos, por minúsculos que sean. Resulta una exigencia esencial porque su persistencia pone en peligro el nuevo orden social implantado en la humanidad a consecuencia de un proceso emancipatorio y el poder instalado se hace inevitable, la sociedad ahormada a su medida no lo cuestiona. Obviamente se pueden utilizar caricaturas o falsificaciones sobre la perversidad del mundo pretérito, para justificar el presente. La nueva era tiene ya un hombre nuevo y una nueva normalidad social en el flamante régimen político-científico, donde se usa la tecnología sin condicionantes morales, fruto de una ciencia revolucionaria, de la

---

<sup>4</sup> BERNARD-MAUGIRON, J.: *Pierre Ryckmans, alias Simon Leys*, p. 27.

<sup>5</sup> CHESTERTON, G. K.: *El Napoleón de Notting Hill*, p. 19-20.

## Distopía

ciencia política que diseña y dirige la estrategia de lucha y destrucción de las culturas.

Se dice que la diferencia entre una novela bien escrita y una biografía es que la novela acaba como, según su género, tiene que acabar, según una “lógica” narrativa; en la biografía de una persona eso no ocurre, hay incertidumbre, imprevisión, libertad, miles de factores pueden frustrar el resultado vital esperado. Cuando una biografía mínimamente noble coincide con lo que podría haber sido una obra bien escrita estamos ante un héroe o un santo. En la distopía se produce, de modo inverso, la revolución, que es incapaz de producir, es esencialmente destructiva, de proyectar e, incluso, de anticipar modelos y realizaciones sociales, triunfa y se incrusta entonces en el mundo un efecto inesperado que la ideología no había previsto pero que es completamente coherente con sus presupuestos y, a la vez, monstruoso; pese a ello, parece ser disfrutado por el hombre nuevo en el mundo de «los cigarrillos *bajos en alquitrán*, *cerveza sin alcohol* y embutidos *desgrasados*. Se ha eliminado toda virulencia»<sup>6</sup>, del entorno de los nuevos cátaros autorizados democráticamente a disponer de la vida de los demás.

Se pueden observar en la distopía las posibilidades de configuración del mundo tras el anuncio de la muerte de Dios. Sus efectos vienen ahormados por la vigencia de lo dionisiaco y de lo sádico. Al respecto, «la *Phänomenologie*, este *magnum opus* de la muerte de Dios... es filosófica en su terminología; pero es radicalmente antifilosófica en su sustancia e intención. Debe ser considerada obra de la magia, una de sus grandes obras. A esta obra maestra de la especulación rigurosa y mágica no puede arrancársele nada, sin destruir el sentido del conjunto... El texto clave se refiere a la muerte de Cristo: “La muerte del Mediador no es sólo la muerte de la parte natural del mismo... sino también la *abstracción* del Ser Divino... Dios ha muerto porque no era sino una fase de la conciencia, fase que ya ha sido superada; y lo ha sido porque la conciencia se ha superado a sí misma en su acción dialéctica... “Dios ha muerto”, significa el “retorno de la conciencia a la profundidad de la noche del yo idéntico a sí mismo que no distingue... nada fuera de sí mismo... el espíritu en tanto que sistema exige la muerte de Dios»<sup>7</sup>. En ese mundo sin Dios la genuina religión se ha

---

<sup>6</sup> MURAY, PH.: *El imperio del bien*, p. 42.

<sup>7</sup> VOEGELIN, E.: *Ciencia, Política y Gnosticismo*, p. 85-8.

adulterado y su fe se ha redirigido al espectáculo que reclama una deslumbrante creencia.

La distopía nos representa no sólo un mundo ateo y lo que eso conlleva en el proceso de personalización del ser humano, lo que se deriva de borrar las huellas de Dios, de expulsarlo de la vida pública, del mundo sin horizonte de libertad moral, resultante del proceso de transformación gnóstica (revolucionaria), sumido en la implantación de un poder omnímodo, al que el hombre no puede escapar, de modo que lo deja sin salida ni solución para que sólo le quepa adaptarse mostrencamente a las condiciones políticas de subsistencia. Refleja la corrección de la alucinación igualitaria en la que, «Una igualdad demasiado rígida en las raciones... sería contraria a los principios del Animalismo»<sup>8</sup>, con un mundo donde la libertad, hecha autonomía, se desconecte de cualquier acceso a la verdad. De ahí la importancia que da el poder a combatir y erradicar el más mínimo vestigio de libertad humana que pueda proceder de algún episodio histórico que desmienta el proceso (la guerra civil española, por ejemplo), cualquier horizonte de trascendencia, de la religión que permita pensar el otro mundo (al que se niega el acceso), del arte que construya un mundo bello o luminoso. El poder hegemónico necesita impedir igualmente que se resienta el activismo, la lucha política, para que toda perspectiva humana se reduzca al gris de la mediocridad igualitaria. Para ello necesita eliminar todo lo que permita cuestionar la aparente inevitabilidad del proceso y la consiguiente adaptación, casi biológica, a él.

Ese poder exige el emborronamiento y ocultación del pasado y, con él, de la historia; algo en lo que la Ley de Memoria Histórica, cuya forzada vigencia en España pretende falsificar lo pretérito que no se ha conseguido enterrar, o desenterrar, prácticamente supera a las distopías en sus mayores aberraciones. Si consideramos que la actividad de Winston en 1984 seguía los métodos de «La Redacción de la Gran Enciclopedia Soviética [que] enviaba una lista de artículos que debían ser recortados o borrados. Víktor se dedicaba a ello. A cada nueva detención, pasaba revista a los libros que tenía en casa y volaban a la estufa las obras de los dirigentes represaliados»<sup>9</sup>, vemos clara su ventaja política, una ganga que estaba latente en las utopías, en las que «la medida del tiempo se borrará de la memoria humana. En el [utópico] “estado de las costumbres” no habrá ni fecha ni calendario, ni día de descanso semanal. No se contarán ya los días ni los años; no se sabrá ni la fecha de nacimiento de cada uno. La supresión

---

<sup>8</sup> ORWELL, G.: *Rebelión en la granja*, p. 150.

<sup>9</sup> MANDELSTAM, N.: *Contra toda esperanza*, p. 540.

## Distopía

de todo instrumento de medida comportará en suma la desaparición de las ciencias y de las técnicas»<sup>10</sup>, lo que al rousseauniano origen de la desigualdad y está en sintonía con el objetivo revolucionario de poner fin a la historia, que se hace patente en las distopías. Todo logro queda sumido en el antiguo régimen, caricaturizado de tal modo que nunca pueda asomar su “verdad”, según vemos en que «Me ha tocado leer y oír muchas cosas increíbles sobre aquellos tiempos en los que los hombres vivían aún en libertad, es decir, en un estado salvaje y desorganizado. Pero lo más increíble siempre me ha parecido esto: cómo el poder estatal de entonces –por rudimentario que fuera– podía tolerar que los hombres vivieran sin nada semejante a nuestra Tabla, sin paseos obligatorios, sin una regulación precisa del tiempo para comer, que se levantaran y acostaran cuando les venía en gana. Algunos historiadores afirman incluso que en esos tiempos las luces de las calles permanecían encendidas toda la noche, y que durante toda la noche las calles eran transitadas por peatones y vehículos. Eso es lo que no puedo concebir. Por más limitada que fuera su razón, debían entender que esa forma de vida constituía un auténtico genocidio –sólo que lento, de día en día. El Estado (la humanidad) prohibía matar del todo a un individuo y no prohibía matar a medias a millones»<sup>11</sup>, se refiere al régimen prerrevolucionario, pre comunista, al que se ha extirpado su lograda libertad para constituir el Estado Unido totalitario. Al respecto, lo que parecería una simple anécdota, el que «Hace poco, el propio entrevistador de Soljenitsin, Íñigo, dijo que el programa fue repetido en TVE por presión de Franco, que llevaba un año muerto. Y la grabación ha desaparecido del archivo de TVE»<sup>12</sup>, deja de serlo cuando están en juego las inapreciables referencias del que fuera premio nobel ruso a la libertad en España y por las que fue infamemente vilipendiado por los demócratas.

El mundo del que las distopías son el escaparate es el cosmos del socialismo, el de la despersonalización, en el que no existe verdad. En él hay un gran «peligro: que la propia noción de verdad se considere no pertinente. En un estudio sobre la novela *1984* el filósofo Leszek Kolakowski elogia a Orwell por haber sabido ver la importancia que adquiere en los regímenes totalitarios cuestionar la verdad... “Es el gran triunfo de totalitarismo: ya no se le puede acusar de que mienta, porque ha conseguido abrogar la propia idea de verdad”... [un ejemplo sería] la justificación de la guerra contra

---

<sup>10</sup> PETITFILS, J.-CH.: *Los socialismos utópicos*, p. 64.

<sup>11</sup> ZAMIATIN, Y.: *Nosotros*, p. 21.

<sup>12</sup> JIMÉNEZ LOSANTOS, F.: *Memoria del comunismo*, p. 517.



Irak... Paul Wolfowitz, que dijo que se había elegido el argumento de las armas de destrucción masiva porque era el que podía conseguir más fácilmente el apoyo de la mayoría... No sólo en Estados Unidos los gobiernos prefieren la victoria a la verdad»<sup>13</sup>. Mientras que la verdad es cultural, se apoya en textos canónicos, la victoria subversiva es política. Las nociones ideológicas (que se incluyen profusamente en la propaganda política, y, también, en los textos de derechos humanos y en el discurso público) no remiten a un texto canónico (como podrían ser *Crimen y castigo* para el delito o *La vida es sueño* para la libertad moral), sino a opiniones públicas inestables y ajustables a requerimientos indefinidos y transitivos, de ahí que no quepa prefigurar anticipadamente el futuro de la revolución dadas las imprevisibles exigencias del poder sin proyecto humano. Ciertamente, las obras de Kant y Hegel o de Marx contienen textos grandiosos, pero sólo podrían considerarse textos canónicos en la medida en que digan algo que no esté subordinado a las exigencias del proceso revolucionario. La verdad no depende del poder político. Es algo de lo que se salvan la mayoría de las distopías, que son textos canónicos que cuestionan ese devenir.

Del mismo modo, en el mundo que perciben las distopías se ha operado la destrucción de la confianza personal en las relaciones sociales. La familia ha desaparecido o se ha transformado, los hijos pueden denunciar a sus padres (Orwell pone un ejemplo inspirado, muy probablemente en Morózov); una práctica soviética que se ha acentuado mediante la ideología de género que no sólo infiltra las instituciones sociales, sino que destruye la célula básica de la sociedad utilizando a sus miembros más vulnerables, algo que ya se puede considerar consumado. Es indudable que «La pérdida de confianza recíproca es el primer indicio de la quiebra de la sociedad bajo una dictadura de nuestro tipo y esto es, precisamente, lo que trataban de conseguir nuestros dirigentes»<sup>14</sup>. Indiscutiblemente ese proceso destructivo responde a una constante del socialismo que, frente a la tradición, donde el derecho, la familia y la empresa eran ámbitos para construir confianza, impulsa una praxis de crítica y denuncia, destructiva de las relaciones personales básicas, las basadas en la cooperación empresarial y en el amor esponsal y paternofilial

Se nos muestran diversas posibilidades de concreción del igualitarismo, de la sociedad sin clases, sin géneros, industrialista o tecnocrática; lo no anticipado por la imaginación artística de la revolución aparece en la distopía, quizá no se augura porque «El igualitarismo ni

---

<sup>13</sup> TODOROV, T.: *El espíritu de la Ilustración*, p. 83-7.

<sup>14</sup> MANDELSTAM, N.: *Contra toda esperanza*, p. 159.

## Distopía

quiera es una utopía soñada; es una pesadilla imposible»<sup>15</sup>. En las distopías no se oculta el despliegue de poder conquistado por los individuos emancipadores que aparecen ya arrogantemente empoderados, situados al otro lado de un abismo insalvable en que se hallan los ciudadanos igualados o emancipados. Nos presenta el siniestro mundo del socialismo implantado, su cara oculta tras la embaucadora propaganda política. Nos ilustra acerca de que el punto de llegada del proceso emancipatorio no puede ser otro que la muerte pues, según ha resaltado Chafarevitch, «el deseo de autodestrucción propio del socialismo no sólo no se asemeja ni equivale a las demás fuerzas que actúan en la Historia, sino que difiere de ellas, por su carácter, de una manera más radical. Mientras que las ideologías nacionalistas o religiosas proclaman abiertamente sus fines, el “instinto de muerte”, encarnándose en el socialismo y revistiéndose del traje de la religión, de la razón de Estado, del sentido común, de la justicia social, del nacionalismo o de la ciencia, oculta celosamente su rostro. Se diría que cuanto más el subconsciente desvela su sentido, (a condición, por supuesto, de que la conciencia no se entere), mayor es también la influencia que ejerce»<sup>16</sup>; ese impulso destructivo del socialismo despierta asco y horror en las personas, lo mismo que la muerte, según advertimos en las distopías. Al respecto, resulta evidente, que «En el mundo abunda, sin duda, la muerte inocente. El mal oculto que destruye sin ser visto, hace cosas que nadie oye. Ninguna autoridad del mundo llega siquiera a tener noticias de él... La tortura y destrucción del débil acontecen diariamente sobre la faz de la tierra»<sup>17</sup>, y podrían venir legalmente disfrazadas de la muerte natural, según se ha indicado. Ese término histórico, inevitable punto de llegada del igualitarismo, no es sólo el recurso a la máxima violencia dirigida a eliminar la supuesta violencia del enemigo político, de clase o de género, puede llegar igualmente en forma de entropía social inherente a la sociedad sin clases o sin géneros respecto a la cual las distopías nos muestran los estertores previos.

En la distopía vemos el resultado del paso del mundo humano personal al socialismo genérico, en todas sus implicaciones; en la Tradición «“Cuando uno muere debe dejar algo tras él”, decía mi abuelo. Un hijo, un libro, un cuadro, una casa, una pared levantada o un par de zapatos que se ha hecho uno mismo. O un jardín plantado. Algo que tu mano tocará de un modo

---

<sup>15</sup> FERNÁNDEZ DE LA MORA, G.: *La envidia igualitaria*, p. 231.

<sup>16</sup> CHAFAREVITCH, I.: *El fenómeno socialista*, p. 347.

<sup>17</sup> JASPERS, K.: *Lo trágico*, p. 65.

especial, de manera que tu alma tenga algún sitio donde ir cuando tú mueras»<sup>18</sup>; nos muestra que el alma (inmortal) se proyecta no sólo en la actividad humana y en dejar algo de herencia, algo que el socialismo trata de borrar no sólo enviciando al alma para que sucumba, también con el impuesto de sucesiones, haciendo público lo que decenas de generaciones, con privaciones y sacrificio personales, han transmitido a sus descendientes; todo se lo apropia el socialismo para cebar el poder democrático que está dejando a las generaciones futuras no sólo el vacío de la personalidad, también una deuda pública impagable.

En el mundo que se nos muestra por las distopías cunde el derrotismo de quienes ya han perdido todo lo que daba sentido a sus vidas, claudican ante un sistema público depredador que se convierte en una trituradora de seres humanos y, sobre todo, de personas, que frustra y banaliza los esfuerzos personalizadores, que devora su patrimonio, su cultura, su libertad, su tranquilidad e, incluso, su vida, con la eutanasia (la muerte pública). Las logias que lo han impuesto no admiten el más mínimo resquicio de verdad, de historia, de belleza; su relativismo exige disolverlo todo en un simbolismo iniciático. No dejan ningún espacio de resistencia al mal, que es el argumento latente de todas las grandes historias literarias, ni siquiera a pesar de la lucidez del protagonista, de modo similar a la tragedia, ningún espacio para el optimismo ni, menos aún, para la esperanza.

Nos insinúan también la acción latente de lo diabólico (no sólo de una fuerza sobrehumana y autodestructiva). Lo satánico está presente en el culto dionisiaco, en la alquimia, la astrología, el hermetismo, la cábala y pasa a lo mefistofélico, se traduce en la omnipresencia del mal que sofoca a lo personal del mismo modo que la masa de cemento atrapa a la semilla que cae en ella poco antes de que comience a fraguar, tiene un futuro diferente a la que cae en tierra fértil. Se puede decir, por ello, que en la distopía se describe literariamente un infierno, pero no se trata del lugar de destino para el mal personal que implica sufrimiento a consecuencia de la culpa, según refiere el cristianismo, ni el sufrimiento injusto de la injusticia, del mal o, incluso, de la guerra (Walzer); tiene algo de relación con el infierno político que, el propio Maquiavelo, poco antes de su muerte, en la Carta a un amigo de 1526, dijo haber pretendido evitar “Me gustaría enseñarles el camino al infierno para que se mantengan apartados de él”, o más que ver con el infierno de los otros que nos objetivan con su mirada “científica” (Sartre), pero los sobrepasa. Se podría decir que es el infierno dialéctico, inherente al proceso político liberador, que produce un mundo dual donde,

---

<sup>18</sup> BRADBURY, R.: *Fahrenheit 451*, p. 171-2.

por un lado, están los seres humanos degradados por las exigencias igualatorias del proceso emancipador y, por otro, los iniciados en las ciencias sociales que auxilian a quienes detentan el poder. No en vano «La dialéctica es el arte jovial que permite al Dirigente Supremo no cometer nunca errores, porque aunque se haya equivocado, lo hace siempre en el momento justo, lo que significa que en su caso es correcto haberse equivocado, mientras que el enemigo, aun en el caso de que hiciese lo correcto, lo hizo en el momento equivocado, lo que hace que en su caso sea erróneo haber acertado»<sup>19</sup>; refleja el mundo de la gnosis (indisociable de la argucia de la razón), cuya praxis se inserta en la audacia iniciática de la «tradición que va desde la gnosis tardía hasta Heidegger habla de que el hombre se ha “desprendido”, ha caído, o ha sido “arrojado”. [En ella] Los sucedáneos de las religiones y las ideologías totalitarias quieren ahorrarnos esas experiencias, a diferencia de las religiones reales. La diferencia entre la religión y sus sucedáneos podría definirse como sigue. La religión conserva una veneración ante lo inexplicable e insondable del mundo. A la luz de la fe, el mundo se hace mayor, pues conserva su misterio, y el hombre se entiende como parte de todo eso. Se mantiene inseguro para sí mismo. En cambio, para el ideólogo el mundo se encoge, lo busca para encontrar una confirmación de sus opiniones»<sup>20</sup> y hace que, para los revolucionarios, «El factor decisivo es nuestra voluntad inflexible. El que se ablande y debilite no tiene lugar en nuestras filas... –Sólo sé –dijo Richard– que se le debe decir a la gente la verdad, sobre todo cuando ya la conoce –El último congreso del partido –siguió dijo Rubachof– ha declarado en sus conclusiones que el partido no ha sido derrotado, sino que ha ejecutado una retirada estratégica... –El Partido no se equivoca jamás –dijo Rubachof–. Tú y yo podemos equivocarnos»<sup>21</sup>, Rubachof describe los métodos revolucionarios y sus resultados.

### 3. La plasmación literaria

Los perfiles de la distopía en cuanto variedad literaria se comprenden por su contraste con otros géneros que vamos a mencionar sucintamente. De entrada, se puede diferenciar la distopía de la utopía (con la que se contrasta, según veremos) y de la ucronía, del suponer cómo podría haber

---

<sup>19</sup> LEYS, S.: *Breviario de saberes inútiles*, p. 443.

<sup>20</sup> SAFRANSKI, R.: *El mal*, p. 275.

<sup>21</sup> KOESTLER, A.: *El cero y el infinito*, p. 67-8.

sido la historia si no se hubieran producido determinados episodios o lo hubieran sido de forma diferente, de los cursos alternativos de los acontecimientos históricos, así «Abandonarse a tales imaginaciones equivale a hacer *ucronía*. Tal es el título –recordémoslo– de un trabajo de Charles Renouvier: *Uchronie (l'utopie dans l'histoire). Esquisse historique du développement de la civilisation européenne, tel qu'il n'a pas été, tel qu'il aurait pu être*, París 1876»<sup>22</sup>, donde hace un bosquejo histórico del desarrollo de la civilización europea, como no ha sido, como podría haber sido.

### 3.1. La utopía

En una primera aproximación, la distopía se suele contraponer a la utopía. Se dice que «Cada utopía contiene una distopía, cada distopía contiene una eutopía»<sup>23</sup>. En *El jardín de las delicias* del Bosco encontramos una especie de utopía pictórica que enfrenta representaciones infernales a lugares paradisiacos que<sup>24</sup>, con menos esfuerzo artístico, se pueden localizar en «Los rústicos Buenos Lugares de toda la vida eran ilusiones reparadoras en las que uno controlaba lo que no podía controlarse y poseía lo que no se tenía aquí y ahora: un cielo pacífico y ordenado, un paraíso de huríes, una entelequia. La forma de llegar a ellos estaba clara, pero era drástica: uno se moría. Utopía, el constructo intelectual y secular de Tomás Moro, era todavía la expresión del deseo de algo de lo que se carecía aquí y ahora: el control humano racional de nuestra vida; pero este Buen Lugar era, explícitamente, un no Lugar»<sup>25</sup>. En ocasiones la utopía descalifica a la imaginación del pensamiento en nombre de la “ciencia”, es lo que ocurre con la expresión socialismo utópico, en contraposición al “científico” del marxismo, o cuando «Desde el punto de vista de la ingeniería social racional, su análisis reviste una gran importancia práctica. Podríamos describir el enfoque platónico a que nos referimos, como el de la *ingeniería utópica*, en oposición a la otra ingeniería social que es, en mi opinión, la única racional y que podría designarse con el nombre de ingeniería parcial o gradual. La concepción utopista es tanto más peligrosa por cuanto constituye la alternativa obvia del historicismo a ultranza, sustentado sobre la base de

---

<sup>22</sup> JOUVENEL, B. DE: *Los orígenes del estado moderno*, p. 209.

<sup>23</sup> LE GUIN, U. K.: *Utopiyin, Utopiyang*, p. 275.

<sup>24</sup> Hay una incipiente orientación distópica en la obra pictórica de algunos artistas recientes.

<sup>25</sup> LE GUIN, U. K.: *Utopiyin, Utopiyang*, p. 275.

## Distopía

que no es posible alterar el curso de la historia»<sup>26</sup>, con lo que se defiende la planificación social racional contra la utópica (en términos similares al marxismo), la racional es la ilustrada, la suya, la de la sociedad abierta, pero permanece indefinida, pese a que ya «Francis Bacon, el temprano metodólogo burgués y autor de una utopía técnica, identifica el saber comprobado experimentalmente y el poder humano sobre el mundo de las cosas»<sup>27</sup>

Lo llamativo es que la utopía reivindica, no construye nunca un buen lugar, sino que impulsa el imaginario transformador de lo existente para llegar al no lugar mediante el proceso sin término que se llama revolución. De hecho, se suele interpretar la utopía en sentido progresista o de izquierdas, mientras que la distopía se considera de derechas o reaccionaria, lo cual es simplificador al hacerlo en clave política, que no es cognoscitiva sino combativa; por ello prescinde de los aspectos literarios y comprensivos de los procesos sociales y, sobre todo, de su alcance performativo.

Mientras que la utopía orienta a la evasión de la realidad en un mundo en el que lo real se mantiene obstinadamente fijando límites a la fuga, la distopía nos muestra el proceso inverso: la avalancha de deliro ideológico desintegrador del sentido que se hace presente de forma amenazadora, eliminando los referentes históricos, religiosos, estéticos que personalizan, infiltrando el lenguaje y la moral para desfigurar los logros humanos que, desde la perspectiva igualitaria, se caricaturizan de privilegios “burgueses” susceptibles de ser abolidos a la par que sus mismos portadores. Distorsiona la sexualidad y la afectividad humana, quizá para «sustituir el énfasis puesto en la verdad y la belleza a la comodidad y la felicidad. La producción en masa exigía este cambio fundamental... desde luego, siempre que las masas alcanzaban el poder político lo que importaba era más la felicidad que la verdad y la belleza»<sup>28</sup>; se lleva a cabo superponiendo incluso un conjunto de festejos mundiales que suplantán las celebraciones memorables y de alivio del esfuerzo por el insistente simbolismo de episodios y conquistas políticas, dirigidas a consolidar el tenebroso empoderamiento y reforzar la tensión reivindicativa de los objetivos políticos de modo que sean irrefutables, haciendo de la personalidad del ser

---

<sup>26</sup> POPPER, K.: *La sociedad abierta y sus enemigos*, p. 157.

<sup>27</sup> SCHMIDT, A.: *Praxis*, p. 133.

<sup>28</sup> HUXLEY, A.: *Un mundo feliz*, p. 226-7.

humano una efígie irreal e irreconocible en la promoción de una obsesión humana por la salud y la felicidad individual que Nietzsche consideró la perspectiva de los que están enfermos.

Un escollo que no se plantea el proceso revolucionario, con independencia del grado de violencia que esté en condiciones de desplegar en cada coyuntura, estriba en que carece de una representación previa de la sociedad futura por la que lucha y hacia la que se dirige la praxis, el esfuerzo y el sacrificio humano; ni siquiera lo plasma artística o literariamente. Por ello adopta la forma de utopía, de un no-lugar cuyas representaciones literarias, la de Tomás Moro es modélica al respecto, necesariamente resultan descalificadas por no científicas. Pese a que si reflexionamos sobre que en Utopía «nunca [se] acepta el crédito de un particular sino la seguridad o garantía de toda la ciudad a través de medios y escritos acordados a tal propósito... no utilizan la moneda sino que la guardan para una eventualidad que tanto puede darse como puede ser que nunca llegue a ocurrir. Mientras tanto no utilizan el oro y la plata... con el oro y la plata construyen normalmente los orinales y otros recipientes que sirven para las más viles funciones... a cualquiera que sea infamado por algún delito le cuelgan aros de oro en las orejas»<sup>29</sup> y consideramos el tratamiento, tendente a la supresión, del dinero en el socialismo encontraremos la misma base científica. No cabe duda de que esa ausencia de precisión permite a los activistas imaginarse la utopía igualitaria, libre, pacífica, feliz, con sobreabundancia de bienes (el paraíso en la tierra que, de no ser porque la ha producido el capitalismo, podría identificarse con la sociedad de consumo). Todo se queda en la más absoluta inconcreción.

No obstante, la utopía no es una simple ausencia de concreción del futuro, se inserta en el horizonte de la revolución y ésta parte de que la sociedad histórica está, siempre e irremisiblemente, enferma y supone que la ansiedad social desaparece sólo con la lucha política con que se eliminan las lacras de las sociedades históricas cuya erradicación es el objeto de la revolución. Obviamente, si todas las sociedades históricas han estado enfermas, los igualitarios carecen de referencia acerca de cómo es la sociedad sana y, en consecuencia, la futura no puede ser descrita sin referencia al presente, es meramente imaginaria. Lo cual no impide dirigir la utopía a incentivar la crítica social y la lucha, algo que no se oculta cuando se afirma que «Necesitamos la utopía, pero intentar pensarla, en este mundo, sin rabia, sin furia, es un lujo que no podemos permitirnos. Ante lo

---

<sup>29</sup> MORO, T.: *Utopía*, p. 150-2.

que se ha hecho, no podemos pensar la utopía sin odio»<sup>30</sup>, un odio aquí justificado para implantar la utopía y eliminar al capitalismo y que en el enemigo sería delito.

### 3.2. Lo profético y apocalíptico

La distopía puede relacionarse temáticamente con la literatura profética y apocalíptica a las que es concomitante, pero carece de un neto componente teológico pese a que, ocasionalmente, aparece velado o insinuado.

Resulta cómodo atribuir a la distopía un sentido profético; en cuanto anticipatorio de un cenagoso mundo futuro que ya está en ciernes; pensemos en lo significativo de que Benson diga, en 1907, anticipando la Revolución soviética, que «En todas partes se generaliza la idea de que dentro de poco surgirá un líder dispuesto a encabezar un movimiento comunista en Europa»<sup>31</sup>. Ciertamente, en el uso común, la profecía se entiende a modo de previsión de acontecimientos futuros, de forma prodigiosa. Sentido que es diferente al alcance real veterotestamentario de la profecía, donde el profeta trata de manifestar e inculcar la ley y alentar su observancia, en medio de la ceguera y del pecado que ve en el pueblo, y lo hace con imágenes presentes y futuras de calamidades actuales y previsibles del mal, todo conforme a la promesa de la Alianza. Sirve a la palabra divina que nunca asume sentido adivinatorio, ni siguiera en los profetas más desprestigiados (que lleva a decir al verdadero elegido: “no soy profeta ni hijo de profeta”); su sentido estriba en que profiere el mensaje divino, la palabra de Dios, que habla a través del autor sagrado con un sentido más salvífico que anticipatorio del futuro, aunque anuncia al Mesías. El profeta y el hagiógrafo prestan su voz o su pluma a Dios, en medio de la sobrecogedora tensión que se ve reflejada en el San Mateo del evangelio que se ha citado anteriormente o en que santa Hildegarda se considerara “una pluma en la mano de Dios” al escribir o componer música.

Por otro lado, no toda anticipación es una profecía; lo podemos decir del característico barruntar romántico, del *Sueño de la razón produce monstruos*, o de la premonitoria *Canción del cosaco* de Espronceda (una de cuyas estrofas dice: “hurra cosacos del desierto, desgarremos a la vencida Europa, cual tigres que devoran su ración, de sangre empaparemos nuestra

---

<sup>30</sup> MIÉVILLE, CH.: *Introducción*, p. 45.

<sup>31</sup> BENSON, R.H.: *El señor del mundo*, p. 49.



ropa, cual rojo manto de imperial señor”) que puede no ligarse tanto a los flujos migratorios o a hordas militares cuanto a la Unión Europea inclusiva de todo lo LGTBIQ+++ , y de nada más más, sobre la que «En 2006, el ex disidente soviético Vladimir Bukovsky pronunció una conferencia en Bruselas, en la que advirtió de un nuevo totalitarismo promovido por la Unión Europea. Consideraba con temor que, contra la voluntad de la gente, la UE estaba desarrollando un super-estado, similar a la Unión Soviética»<sup>32</sup>. La anticipación del curso histórico en la distopía no es profética, no es palabra de Dios; puede ser una intuición genial del autor o un acierto ocasional, una improvisación o un cálculo rigurosamente lógico. No se puede considerar a la distopía palabra revelada, ni un anuncio de la divinidad, por más que nos muestre lo tenebroso de un mundo sin religión. Ahora bien, en la medida en que tenga idiosincrasia religiosa, la representación anticipatoria puede considerarse parcialmente profética, lo podríamos decir de la precoz respuesta al superhombre por Dostoyevski en *Crimen y castigo*, pues del mismo modo que Dios puede hablar a través de la naturaleza, puede hacerlo por medio del arte y de la literatura, escribiendo derecho con renglones torcidos.

Una cuestión que se plantea respecto al alcance cuasi profético de la distopía al tratar de mostrarnos los resultados del devenir histórico y la potencial plasmación humana del proceso político transformista, del progreso revolucionario, dirigido por las ensoñaciones utópicas de la ideología que constituye su directiva, pero ya instalados en el mundo social, sería el saber cuál es el puesto que en esa dicotomía (entre utopía y distopía) merece el mundo humano real, que hemos visto, que no es imaginario aunque sea ilusionante para las personas. Se trata del mundo histórico que nos ha legado la Tradición y respecto al cual, podemos temer que «Si la descomposición, que todavía no ha dado todos sus frutos amargos, no nos lleva a otras calamidades, que pondrían fin a la libre existencia de la sociedad occidental, es muy probable que los historiadores futuros puedan fechar en este florecimiento de la ciencia la regeneración espiritual e intelectual de Europa»<sup>33</sup>, es algo que entronca con lo apocalíptico.

En relación con lo apocalíptico, la distopía se distingue, también del «subgénero *postapocalíptico* que describe la vida después de un cataclismo mundial»<sup>34</sup>, porque prácticamente nos presenta un mundo abyecto, inhóspito para las personas libres, en el que sólo los seres humanos

---

<sup>32</sup> KUBY, G.: *La revolución sexual global*, p. 157-8.

<sup>33</sup> VOEGELIN, E.: *Ciencia, Política y Gnosticismo*, p. 13.

<sup>34</sup> PÉREZ GONDAR, D.: *Apocalipsis*, p. 1.

## Distopía

degradados que han claudicado de su personalidad y se someten al marco político se encuentran a gusto en él. En ese mundo, que se describe con tintes tremendistas análogos al género apocalíptico, las personas son expulsadas de la vida pública, incluso vaporizadas, y da la impresión de que en él no vale la pena vivir, al menos la persona consciente (la que la tradicional antropología occidental ha moldeado); es más, ni siquiera puede evadirse, según vemos en la actitud de John, el “salvaje” de *Un mundo feliz*, ante la imposibilidad de vegetar en un mundo que hace de lo personal un simple espectáculo para seres genéricos. En ellas no se amenaza tanto con la ruina del universo humano, cuanto con la del mundo personal (lo que avala distinguir humanismo de personalismo), se trata de una destrucción ya avanzada. Ciertamente describen el destrozo político del mundo personal que, sin un juicio final particular, condena a todo lo personal en masa y lo sentencia a su expulsión de la sociedad y de la vida, a su aniquilación. Ese panorama que se refleja en las distopías (en las que no hay juicio) describe, a su vez, casi miméticamente, la acción política en el proceso de implantación de la revolución, que extirpa la concepción misma de mal por la conciencia (y, con ella, a la misma persona) y que, por eso mismo, no exige una fase ulterior en la que «el mal, que ha corroído y se ha incrustado en el corazón de los hombres, debe ser extraído de ese corazón cueste lo que cueste y debe ser arrojado fuera del mundo, de modo que no pueda consumir ya otra cosa que a sí mismo»<sup>35</sup>, fase de enjuiciamiento que distingue a la distopía del apocalipsis.

Obviamente las distopías se dirigen a lectores que juzgan el curso de los acontecimientos históricos, no a los que se adaptan instintivamente a las directrices políticas y simplemente necesitan atalantamiento y entretenimiento público. Generan preocupación e inquietud, en los lectores cultos, debido al paralelismo que muestran con los acontecimientos que parecerían futuros pero que están ya en el mundo corroyendo la cultura y con la aterradora situación para el ser humano que describen, así como a la imposibilidad de escapar de ella. Quizá se podrían distinguir, por ello, las distopías de lo genuinamente apocalíptico porque esto puede prefigurar y dejar paso a un mundo nuevo, al reino del amor en el que se quema o consume el mal y el valor del mundo histórico se transfigura para dotar de sentido a la distinción entre el bien y el mal intrahistórico, a enjuiciarlo en clave espiritual de un modo que sobrepasa las posibilidades meramente personales.

---

<sup>35</sup> BALTHASAR, H. U. VON: *Sobre el Apocalipsis*, p. 154.

El *Apocalipsis* escrito por san Juan en la isla de Patmos, donde estaba desterrado por Domiciano, hacia los años 96-98, nos traslada alegóricamente a un futuro; se sirve de imágenes tomadas del Antiguo Testamento, y algunas de origen pagano, incluso de cifras que parecen exactas, aunque tienen un predominante valor simbólico. El género literario apocalíptico es diferente al profético, pero el núcleo del mensaje es el mismo: la revelación de la salvación (que luego, con frecuencia, los visionarios extrapolan en términos futuristas). Parece claro que «la literatura apocalíptica tiene como motivo inmediato la consolución»<sup>36</sup>, básicamente el hagiógrafo revela un juicio divino sobre el mundo y sobre la historia, un juicio que no se formula en la distopía, en ésta se deja el juicio al lector sin darle una orientación del sentido ni pautas resolutivas para afrontarlo, lo que eventualmente aumenta su incertidumbre y pavor. En la distopía no sólo no se ofrece un foco de sentido revelado, no hay ningún elemento mesiánico, ni siquiera se brindan pistas para una solución humana al problema en que se halla inmersa la humanidad en ellas descrita. Lo apocalíptico puede estar dirigido a fortalecer la fe de los cristianos en la tribulación por la opresión de Israel o, sobre todo, de Roma porque en la lucha contra el dragón y la bestia (el mal y sus más feroces manifestaciones), el cordero, Cristo, asegura la victoria y eso inequívocamente resulta fuente de esperanza. La distopía, en cambio, manifiesta la opresión que se ejerce sobre las personas no sólo por la organización política (con sus repúblicas o soviets e instrumentos de control y de represión social, sus formas de torturar y de matar), sino también por el espacio público que ahorma al mundo humano y asfixia lo personal, por la opinión pública políticamente domesticada, por los ideólogos que hacen las veces de falsos profetas que, sumisos a fuerzas impersonales, impiden pensar libremente y con justicia, pero no ofrece ningún alivio. En términos apocalípticos la ideología desempeña el papel de la segunda bestia que sirve para asegurar el culto a la primera –el poder– (de *Apocalipsis*, 13); en la distopía todo aparece sometido a un poder aterrador que, precisamente, echa por tierra cualquier esperanza humana de redención o de triunfo sobre el mal. Quizá se declare, con ello, la limitación de las posibilidades humanas frente al mal.

### 3.3. El surrealismo de la distopía

En la distopía encontramos elementos surrealistas, integrantes de un mundo imposible, similar al reflejado en los dibujos de Escher (belvederes

---

<sup>36</sup> PÉREZ GONDAR, D.: *Apocalipsis*, p. 2.

## Distopía

y escaleras, miradores, etc.) o en las latas de Piero Manzoni que tan precisamente plasman a la ideología.

Aunque no podamos considerar que lo kafkiano sea propiamente distópico, sí podríamos decir que, en *El proceso*, Kafka refleja el mundo sórdido y terrorífico en el que la ficción política se ha adueñado ya de la vida con el empoderamiento del socialismo. No se trata de la mentira en sentido moral, derivada de la intención personal en relación con la verdad y la ley, porque el socialismo elimina la conciencia moral dado que la ley ha sido anulada mediante el control político de la economía, de la educación, de la cultura, de la libertad, del derecho y de la justicia; es la mentira derivada de la completa extirpación de la preocupación humana por el sentido que impide a quienes la prueban o la sufren, igual que a alguien atrapado en la droga, escapar de los juegos mortíferos del poder, obviamente envueltos en democracia, que se llevan a cabo a la vista de todos y sin simulación (la eutanasia es un ejemplo).

Mucha gente se refiere a una situación absurda diciendo que es kafkiana; con frecuencia se reseña la acción de la justicia pública y burocrática para acreditarla. En efecto, en *El Proceso* hay una imagen incomprensible de la justicia. Ambientado en el surrealismo (Bretón) y en el psicoanálisis, no puede considerarse una comedia sobre los enredos de los procesos judiciales. Muestra un sin sentido del que no pueden salir las condiciones de inteligibilidad de la justicia que el ser humano necesita para personalizarse y llevar una vida comunitaria con sentido, una necesidad que no podemos resistir la tentación de acarrear del libro *El hombre en busca de sentido* de Frankl. Con ese sinsentido quizá Kafka trate de denunciar la lógica siniestra de las sociedades secretas que manejan el mundo actualmente y que se traslucen en las distopías. Uno de sus efectos más perniciosos consiste en generar dudas existenciales sobre el sentido del mundo y de la vida que, al banalizar la existencia, provoca actitudes suicidas y consumo masivo de drogas (del que sacan un inmenso provecho económico y, sobre todo, político que ilustraría la banda de rock *The Beatles*). Todo en la transparencia que proporciona la simplificación política de las sociedades democráticas.

Podemos ver ese siniestro efecto destructivo en España donde se encontraron una nación pacificada, alegre, saneada y floreciente, con un sistema de bienestar establecido y, tras apoderarse del estado, lo han hecho desfallecer (provocando un estado democrático fallido abocado a una especie de narcoestado comunista) para generar dependencia política en interminables y enmarañadas redes clientelares de las que se exige la

máxima sumisión política que quizá sólo sea parangonable con las citadas latas de Manzoni, aunque no esté permitido glosar su significado.

### 3.4. Lo trágico

La distopía presenta, por otra parte, claras similitudes con la tragedia griega, se puede decir que la distopía es una tragedia actualizada, modernizada, una tragedia que renace tras el cristianismo y con su expulsión de la vida pública.

En las tragedias griegas, todas ellas repetición de una misma tragedia, igual que los templos, encontramos la característica lucha del individuo contra la naturaleza y lo impersonal que se acaba imponiendo a las justas intenciones del protagonista, siempre vencen las fuerzas cósmicas cíclicas y anónimas; se frustra el esfuerzo y se banaliza la ilusión humana de mejorar el mundo y de mejorarse a sí mismo que impulsaba al héroe trágico. En el contexto ideológico se llega incluso a la aberración de disuadir de la mejora humana, según nos documenta la implantación de la praxis que reproduce, de forma masiva, «el terrible cuento de Diderot sobre el eunuco que, para mejor poder escoger esclavas con destino al harén del sultán, su dueño, quiso recibir lecciones de estética de un marsellés... “¡Está visto que yo nunca sabré estética!” Y así es; ni los eunucos sabrán nunca estética aplicada a la selección de mujeres hermosas, ni los puros racionalistas sabrán ética nunca»<sup>37</sup>, pocos ejemplos podemos encontrar más actuales; sólo la ideología puede enterrar la tragedia.

En la literatura cristiana no hay tragedia, el mundo ha sido creado amorosamente, al haber providencia no hay un final funesto. Tras el proceso de secularización indisociable de la ideología ha retoñado una especie de paganismo, pero políticamente domesticado, que distancia el mundo de la tragedia clásica de las distopías que reflejan al otro más reciente. Es un mundo que expulsa la Fe de la esfera pública, y deja paso a un mundo sin esperanza. En él, el poder no sólo borra la esperanza en un mundo imaginario futuro, sino que “resetea” el mundo personal en el que ya ha vivido la humanidad, pero que ha sido destrozado y arrasado por el poder político y al que deja pocas o nulas posibilidades de recuperación. Si «La tragedia aparece cuando los poderes en conflicto son, aisladamente, verdaderos»<sup>38</sup>, no cabe duda de que la realidad de la implantación del poder

---

<sup>37</sup> UNAMUNO, M. DE: *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 100.

<sup>38</sup> JASPERS, K.: *Lo trágico*, p. 68.

## Distopía

político descarnado que se enfrenta a la fuerza primordial del espíritu, que es el amor, hace aparecer la distopía.

Aunque la distopía sea, ante todo, una tragedia, no deja de ser una desgracia especial. Mientras que «Platón dirigió sus ataques contra la tragedia como un poder que competía con la filosofía... La tragedia no conoce la reconciliación a través del conocimiento»<sup>39</sup>, la lucidez cognoscitiva tampoco opera en el resultado de los actos de los protagonistas de las distopías. Por más que en la tragedia, «La gente que distingue el bien del mal espera más bien una nueva reincidencia de calamidades y males»<sup>40</sup>, la distopía es diferente y más lúgubre. En ella la vida del hombre no transcurre ya en un mundo social naturalista, aprisionado por la legalidad de la naturaleza, sino atrapado por la maquinaria política represiva, burocratizada, donde el represor y el violento están obcecados con la destrucción de lo personal y cuyo dinamismo “natural” acaba siempre con la victoria, con el triunfo, de la revolución en unos términos indefinidos e indefinibles.

Si vemos en la distopía una *sui generis* reproducción moderna de la tragedia, en la que la lucha del individuo contra lo impersonal acaba siempre con la victoria del orden cósmico, podríamos observar que en el mundo sórdido del socialismo no vence la naturaleza cósmica (que se considera dominada), sino el opaco poder planetario en manos de individuos siniestros. Puede considerarse una tragedia encubierta por la ideología. Tienen capacidad para tergiversar todo, para destruir deliberadamente cualquier fuente de sentido, para ejercer la más aciaga tiranía sobre las mentes, para eliminar vidas humanas a la vista y con la complacencia de casi todos, manejan el terrorismo y la droga, implantan la omnipresencia más que del mal moral del sinsentido, donde el propio mal carece de sentido. El recurso a la democracia puede dirigirse sólo a enmascarar a ese poder o a ser su envoltorio formal, pero si consideramos que es la única forma en que se puede matar (al legitimar leyes habilitantes de aborto, eutanasia, eugenesia, etc., en el poder popular) y que puede generar dependencia, que puede estar adulterada o puede dar lugar a sobredosis (aunque sea sin adulterar), no se disipa la preocupación.

---

<sup>39</sup> SAFRANSKI, R.: *El mal*, p. 220.

<sup>40</sup> MANDELSTAM, N.: *Contra toda esperanza*, p. 514.

#### 4. Alcance social performativo

La literatura no sólo representa la mentalidad humana en sus diversas concreciones, ni sólo entretiene o describe la realidad. Relata el curso del mundo, pero no de modo fotográfico, al modo en que Zola consideraba a la novela un espejo que se saca a la calle para que refleje la realidad o en que el omnipresente *realitie show* explota los sucesos morbosos o tétricos a modo de simple distracción. La gran literatura se inserta siempre en un marco de sentido cultural y, conforme a él, contribuye a moldear un mundo social y un tipo humano característicos.

El sentido performativo de la lengua, que no sólo transforma los objetos al poner nombres a las cosas, según la certera caracterización del *Génesis*, debido a la cual «Hubo un tiempo en que cada uno de los hombres tenía un nombre que le distinguía de los demás»<sup>41</sup>, nombres personales que se pueden transformar políticamente: Felipe Igualdad, Igualdad 7-2521, Solidaridad, Fraternidad, Unión, Colectividad, Internacional 4-8818, que, en el sistema público, se pueden asignar de forma judicial o administrativa en vez de paternal. El efecto performativo es patente en la literatura y también que amolda y abre mundos de sentido (pensemos en el perdón). La educación y la información es evidente que nos moldean, también la coyuntura económica, estética e histórica en que vivimos; toda la cultura, en definitiva. En la España reciente se ha estampado una sociedad inerte y, se dice, que sedada, aunque es posible que más bien esté drogada, no es efecto de la literatura del siglo de oro. La música que mueve a la danza o la retórica psico agógica que no convence, sino que mueve a actuar también provoca agitación política. No sale el mismo tipo humano de la música amorosa o religiosa que de la música sudamericana e ibérica que impulsa la revolución (Víctor Jara, Carlos Puebla, Atahualpa Yupanqui, Inti Illimani, Paco Ibáñez..., y un largo etcétera). El simple recuerdo de la música amorosa predemocrática se ha desvanecido, también su tierno efecto balsámico, reemplazada por himnos políticos, por la canción denuncia y por la canción protesta que ofusca, agita y produce militantes políticos y combatientes subversivos, da paso luego a sonidos que despiertan emociones que encadenan al sistema de los medios públicos.

El que la literatura distópica nos alerte ante la deriva del proceso político y revolucionario de los últimos siglos, el que nos dé la voz de alarma de modo que podamos tomar precauciones no impide que lo haga, no obstante, de un modo distinto al genio romántico que trata de provocar inquietud y agitación (*Sturm und drang*) por el destino de cada ser humano

---

<sup>41</sup> RAND, A.: *Himno*, 12, p. 43.

## Distopía

y que, para ello, anuncia artísticamente el peligro que no perciben sus contemporáneos (algo que podemos ver magistralmente expresado en el citado grabado de Goya *El sueño de la razón produce monstruos*, respecto al proceso de racionalización del mundo), el riesgo ante algo que el propio artista es incapaz de explicar o lo hace de modo contradictorio con su sentido más eminente, el que se plasma artísticamente. La distopía nos sitúa preferentemente ante lo inevitable del curso político que ante el sentido del destino humano y lo hace con untos tintes dramáticos que impulsan a reaccionar.

### 4.1. En la cultura

La distopía nos pone ante de los ojos la acción de la violencia política sobre la cultura humana históricamente acumulada, a la que, de entrada, se considera opresiva y perversora (Rousseau, socialismo); se la somete a crítica y se la descalifica por ideológica o embaucadora. En realidad, la ideología es la adaptación de la cultura a los intereses políticos, la subyugación por éstos y, por tanto, se puede considerar que la distopía es la respuesta de la literatura a la ideología que, enganchada a la utopía, se da sólo cuando las ideas dirigen la acción política. En ella podemos reconocer la hipérbole de la actual situación del mundo dominada por la corrupción política, cuyo sentido resulta incomprensible en términos morales a consecuencia de la degradación del derecho derivada de su forzada inclusión en el marco de la democracia y del “estado de derecho”. En la cultura se expresa y se construye el mundo propiamente humano en el que la literatura es una parte relevante, nos relata y transporta a un mundo imaginario que refleja la personalidad del autor, de su mundo, de sus aspiraciones en una irrealidad humanizadora que se realiza en el sentido y embellece nuestro propio mundo.

Podríamos decir que en la literatura distópica se muestra ya implantado el mundo que silencia a la realidad, que ha sido suprimida políticamente por la gnosis revolucionaria. Es una desconexión derivada no sólo del abandono de la metafísica, es debida también a factores pragmáticos. La desvinculación con la realidad se puede producir de muchas maneras: por enfermedades mentales psicóticas, que producen enajenación y se tratan en términos psiquiátricos; por el consumo de alcohol o drogas, que producen alucinaciones lo que puede haberse producido deliberadamente por el propio sujeto, buscando “evasión” de la realidad y que requiere desintoxicación; cabría considerar una alienación por causas económicas, en términos marxistas, que se trataría con la



conciencia de clase o de género que precede e incita a la lucha política. Pero cabe también una disociación producida por la ideología del poder, que no se considere una patología social ni individual, ni una droga, ni una alienación y que, sin embargo, produzca efectos análogos con carácter variable que van del milenarismo al moldeado social de un espacio impersonal.

Al fabricar un mundo humano desconectado de la realidad, un espacio de evasión respecto a la condición personal del ser humano, la ideología actúa de un modo análogo a la droga, donde se consigue con «un gramo de soma. -Todas las ventajas del cristianismo y del alcohol, y ninguno de sus inconvenientes»<sup>42</sup>, pero sin necesidad de sustancia adictiva, igual que el juego o la pornografía. Así se convierte la vida social en una especie de narco sala. Para ello requiere una redefinición de la cultura: la información pasa a ser mera propaganda, la literatura entretenimiento, la música se reduce a una sucesión de efectos estimulantes encadenados y encadenantes. Tras todo ello hay ingentes beneficios económicos, pero, por encima de ellos, podríamos decir, que se oculta un mega fraude público que aprovecha el sinsentido a modo de lío revuelto.

De modo preferente la distopía nos muestra el mundo tétrico derivado de la acción de la ideología, el proceso y resultado de la aniquilación de la personalidad humana que he considerado el principal logro de la cultura occidental. Se trata de un mundo dominado por las sociedades secretas, integradas por seres impersonales y de su acción despersonalizadora, organizaciones que utilizan el sistema mundial de poder, dictan las políticas públicas cosmopolitas a las que llaman derechos humanos, para implantar un mundo de humanoides autómatas, monstruitos homeostáticamente adaptados al sistema, todos iguales, reactivos e irreflexivos.

#### 4.2. Jurídicamente

La incidencia de la distopía sobre la vida social no se limita a advertir del proceso de impostura de la justicia jurídica (valga la redundancia) mediante la igualdad política<sup>43</sup>, ni a denunciar la suplantación del mundo real por uno imaginario, o del mundo humano de las culturas por el de la ideología. Tiene una especial proyección en el mundo jurídico.

---

<sup>42</sup> HUXLEY, A.: *Un mundo feliz*, p. 68.

<sup>43</sup> Un mundo donde, del mismo modo que en la *Rebelión en la granja* de Orwell, “Todos los animales son iguales, pero unos más iguales que otros”.

## Distopía

Resulta de extraordinaria relevancia para los juristas la desaparición del derecho de que se deja constancia en todas las distopias y que es una exigencia de la revolución. En ellas derecho desaparece, igual que la religión, bajo la implantación de un poder político *legibus solutus*. El derecho genuino pasa a ser un obstáculo, «Y veo claro que se trata sólo de un vestigio del absurdo prejuicio de los antiguos –de su idea sobre el “derecho”»<sup>44</sup>. Cede el paso, por un lado, a un manejo político de las masas, ejemplificado en 1984 de manera que parece grotesca, pero que se ha visto claramente superada por las prácticas reales en la Revolución cultural de China y de otros regímenes comunistas, entre los que está el esperpéntico actualmente dominante sobre España que proviene de la república estalinista que inspiró a Orwell los episodios de mayor crueldad. Por otro lado, genera un simulacro o sucedáneo del derecho, de la religión y de toda la cultura.

Nos podemos hacer una idea aproximada del grado de implantación del mundo distópico si consideramos no ya la fallida Unión Soviética u otros regímenes comunistas, sino a la actual Unión Europea (UE) que viene de la Comunidad Económica Europea (CEE), de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), que constituye una especie de monopolio global de carácter político más que comunitario. Se ha denunciado que es una comunidad meramente económica, de mercado y de mercaderes o de multinacionales; paralelamente se lamenta la falta de unión política (especialmente tras el brexit y las reticencias de naciones como Polonia y Hungría a las políticas antinacionales), ahora bien, es patente la monstruosa burocracia y el enfoque cosmopolita de las políticas públicas del poder usurpador de lo que un día fue un Imperio. No se puede considerar una comunidad jurídica, no hay derecho común por más que subrepticamente se hable de derecho comunitario, un mero sucedáneo administrativo del *ius commune* impuesto en interés de la uniformidad y la neutralidad o neutralización de los obstáculos a la vigencia contigua del poder mediante un intervencionismo lacerante. Evidentemente es consecuencia de que no hay una comunidad cultural ni de sabiduría, de que no se mantiene el acervo cultural de Europa, porque la omnipresente ideología que suplanta al pensamiento lo borra paulatinamente e, incluso, sustituye el sustrato humano para modificar la estructura social del continente, algo que no ha hecho más que acentuarse con una organización política con sus múltiples soviets depredadores. Puede comprobarse con el proceso económico que, entre otras cosas, suprime el ahorro, del que se hace un monopolio público

---

<sup>44</sup> ZAMIATIN, Y.: *Nosotros*, p. 104.

que da lugar a una mega estafa económica, sustitutiva de la frustrada nacionalización de la banca, a la que se controla e integra en el sistema público del crédito político y, además, se involucra en la promoción de las políticas públicas, especialmente en la de género. Adicionalmente se extirpa lo que la cultura del ahorro aporta a la persona, el sentido de la previsión o de la moderación, y se acentúa la dependencia respecto del sistema público; todo en un proceso de emancipación que promueve la autonomía del individuo.

El vacío del Derecho se trata de llenar con los derechos humanos que (en)cubren las políticas públicas que articulan la acción (quirúrgica) del poder mundial dominante. Se necesita la etiqueta 'derecho' para un contenido deletéreo que posibilite transformar el derecho personalizador en reglas y situaciones igualitarias que dan lugar a la distopía del todo público, en la que no quepa término de comparación. La noción de público no es sólo distinta, sino antagónica, a lo común de la cultura y del bien. Por ello en las distopías se pueden trazar paralelismos con los complementos necesarios de los programas de acción de los derechos humanos y de las políticas públicas, de la democracia y del igualitarismo político.

La disolución del sentido originario del derecho se traduce en la pérdida de confianza institucional, derivada de la supresión de las instituciones personalizadas, por ejemplo, la familia, o de su transformación en organizaciones políticas. Conecta con la exigencia política de hacer pública la sexualidad humana de modo que se contrarreste su función personalizadora. Para ello se disocia del amor, del ánimo caballeresco y galante y, también, de la reproducción humana; situada en un mundo instintivo no sólo lleva al hastío que refleja *Un mundo feliz*, anula el valor de la palabra, se desconecta del mensaje y del compromiso, hace desaparecer la entrega humana irreversible, sitúa al ser humano en la enrarecida atmósfera del sinsentido. Los hijos dejan de ser bienes comunes de los padres progenitores, pasan a ser agentes y activistas del gobierno que pueden denunciar a los padres, sus actos y sus pensamientos pasan a estar vigilados por pequeños agentes políticos que, igual que los niños soldados, son más dóciles que los adultos y que, según muestra *El señor de las moscas*, los niños (varones) que hablan y se comportan como demócratas adultos, se dividen entre los "demócratas", respetan formas, y los cazadores que forman una tribu y que usan la violencia y al final ganan, de no ser por la llegada de los rescatadores. Cuando llega a adulto, el niño político «se había convertido ya en un especialista del pensamiento y era capaz de reconocer

## Distopía

inteligencia en otro»<sup>45</sup>, un reconocimiento que no llega a ser personal, pues difícilmente puede darse en la ideología y en la revolución debido a la asimetría y a la falta de reciprocidad.

Dentro de esa lógica, podemos ver un claro proceso en el “criminal” de 1984 con el que anticipa la implantación de los delitos de odio que han revertido no sólo el curso del derecho moderno de separar el derecho de la moral, sino que subvierten la noción misma de derecho para dedicar las reglas legales a perseguir y aniquilar a los enemigos políticos y a imposibilitar su pensamiento. Lo encontramos reflejado igualmente el modo en que se involucra al ser humano en el crimen mediante la impunidad de la acción política, impersonalmente (magistralmente expresado por Dostoievski en *Los demonios*), con la completa anuencia de los pueblos y en su máxima extensión. Cuando la democracia, lo único que permite matar de muerte natural, impunemente, exige la muerte masiva, no mata una persona sino el pueblo (aunque utiliza a sus representantes y a los antiguos profesionales como funcionarios y agentes de su inconsciente acción), anulando cualquier responsabilidad personal en el hecho de matar. Que eso se impulse por una especie de narco-estados, un paso adicional a la democratización de los estados fallidos, no impide que se abroge la prohibición de matar de la tradición judeocristiana.

Parecería que esa involucración opera sólo en púberes activistas inconscientemente impulsados con el señuelo del idealismo que se pasa con la edad, o de proletarios movidos por las condiciones económicas que conducen al populismo más aberrante, o mediante redes clientelares de dependencia pública, de las que extraen los camaradas que se enrolan en organizaciones políticas... de no ser por el decisivo papel que, en ese proceso, desempeñan los ideólogos o “intelectuales orgánicos” que, enredados en las leyes de la historia, a su vez, dependen de personajes, más siniestros aún, que se podrían llamar «Rafael Hytholday. El apellido se hace derivar de ὕθλος, sin sentido, absurdo y δάϊος “experto”. Experto en sinsentidos»<sup>46</sup>, que son una mezcla de astucia ciudadana e interés impersonal. Todos ellos supeditado a que los «Diversos comités revolucionarios adoptan nuevos reglamentos... –Estudio del pensamiento de Mao... todos los días una hora antes del trabajo... –habrá un tercio de los cuadros administrativos del comité revolucionario... –Prohibición de

---

<sup>45</sup> GOLDING, W.: *El señor de las moscas*, p. 97.

<sup>46</sup> MORO, T.: *Utopía*, p. 51, n. 2.

elogiar con nombre propio a los miembros del Comité..., se llamarán simplemente “camaradas”»<sup>47</sup>, algo característico de los ciudadanos de la revoluciones francesa y rusa, a los jemerres rojos y ahora extendido a la praxis del género.

## 5. La escapatoria

La distopía nos muestra la patología social y antropológica del engendro ideológico que suprime la justicia o la transmuta con igualdad, lo común con lo público, lo cultural con lo ideológico; nos alerta para no sucumbir ni claudicar ante el socialismo, para resistir su pomposidad y no caer en su embaucadora seducción dirigida a espíritus mediocres, vulnerables a la exposición televisiva, a los que se deja estupefactos con la propaganda; nos anticipa sus inevitables consecuencias, inasumibles para las personas. Los autores, igual que los protagonistas de sus novelas, han tenido la osadía de denunciar un mundo tenebroso cuyos artífices son engendros feroces y sádicos; pese a ello no nos da pautas para afrontar su agresividad, para evitar previsibles secuelas análogas a las explanadas en las distopías.

En efecto, si algo caracteriza a la distopía no es tanto el poner en evidencia el proceso de dominación y usurpación de la cultura para alertarnos de la transformación revolucionaria y de sus potenciales consecuencias, ni siquiera advertirnos de que ya estamos atrapados en ella, cuanto que no hay salida, de modo que el hombre se sitúa en el mundo galvanizado por la revolución igual que un pez en la red; por todas partes ve salidas, pero no puede escapar por ninguna. Tampoco da respuesta a las preguntas esenciales que se plantea el ser humano. En la medida en que refleja un mundo sin esperanza, no ofrece salvación, reflejo de que tampoco la hay en la praxis revolucionaria que nos envuelve.

Ni Orwell, ni Zamiatin, ni Koestler, ni Benson... nos ofrecen una solución al problema del totalitarismo o del despotismo que describen con tanto dramatismo, tomando por referencia las prácticas aberrantes ambientadas en la praxis del socialismo. Orwell las vio personalmente en la república soviética anti española y quedó removido por ellas; aunque se pueda decir que «Orwell vino a España a matar a gente que no conocía»<sup>48</sup> o como espía británico, el caso es que su obra describe la brutalidad que vio aplicar al destructivo régimen socialista soviético entonces vigente.

---

<sup>47</sup> LEYS, S.: *El traje nuevo del presidente Mao*, p. 136-7.

<sup>48</sup> JIMÉNEZ LOSANTOS, F.: *Memoria del comunismo*, p. 428.

## Distopía

Obviamente las denuncias de la opresión y de la mentira nos alertan acerca de lo que está pasando ya en el mundo, pero no nos advierten sobre qué debemos hacer en esas angustiosas situaciones, no encontramos una salida inspiradora. Puede considerarse una muestra de la intraducibilidad del sentido general del mundo, de la cultura y de la vida humana personal al marco político, de la imposibilidad de salir de él sin un gran esfuerzo (algo similar a escapar de la droga) porque bajo su total implantación sólo queda una especie de mundo paralelo que se deriva de la intraducibilidad del discurso político a las culturas. En efecto, la implantación ideológica efectiva comporta hacer necesario el ser sojuzgado al poder público bajo la imposibilidad de escapar del espacio público, y de la democracia, sin ser estigmatizado, derrotado o abatido en condiciones indefinidas.

La literatura revolucionaria, instrumental respecto al proceso combativo, no prefigura salidas a las tribulaciones humanas (la lucha política es una especie de empresa sin designio), la ideología no ofrece un proyecto que pueda estar un día acabado ni proporciona una memoria de calidades, ni de cantidades, es sólo un propulsor del proceso, incita al combate, critica, ridiculiza, tergiversa y resignifica la cultura existente, finalmente mata de la forma indiscriminada (igualitaria) por antonomasia que se materializa y simboliza en la guillotina. Se centra en denigrar los males de la sociedad presente o pasada, de las que oculta sus logros, algo fácil al no tener noción del bien que permita reverenciar sus bienes ni producir otros análogos que constituyan un término de comparación. Todo se encauza a mover al revolucionario a la acción pública, hasta el triunfo de la revolución, incluso a costa de su vida. Desde la perspectiva revolucionaria no sólo se relativizan los logros de toda cultura, se mancillan (son opresivos por el simple hecho de existir) y, consecuentemente, se pueden eliminar de forma radical (arrancándolos de raíz para que no retoñen) para dejar el paso expedito a la sociedad futura que sólo se caracteriza imaginando que carecerá de los males de la sociedad presente y contará con una libertad absoluta irrestricta. Al no definirse los bienes humanos tampoco hay deberes morales respecto a los existentes y se puede soñar en la sociedad futura sin caracterizarlos, suponiendo que será sin tiranía, sin clases o sin géneros.

La distopía presenta literariamente el resultado del proceso revolucionario, el mundo devastado por la revolución, el peor de los mundos posibles o pensables por el autor, un mundo inhumano, represor, sin escapatoria, en el que no tiene cabida la esperanza porque el hombre se halla arrojado ante las puertas mismas del infierno, donde Dante situó el epitafio: "Dejad aquí toda esperanza". Producto de la revolución, el mundo

que se describe no deja lugar más que al agotamiento devastador de la propia furia de la revolución autodestructiva, diabólica. Se ha dicho que la guerra es un infierno, pero tras ella, previa derrota del agresor puede llegar la paz, incluso la paz justa: los vemos cuando *Enrique V* consuma su victoria militar con un matrimonio que también ‘desposa’ a los reinos. La revolución no aboca a la paz, su hegemonía ideológica se reduce a la destrucción y a la desolación. Las distopías nos lo anticipan mostrando un futuro que ya está en marcha con sus síntomas precursores.

Un amigo ya fallecido, que estudió derecho, pero que se dedicó a la pintura, cursó el excelente bachillerato de los años 60, donde su profesora de literatura le animó a leer obras del siglo de oro español asegurándole que “En los clásicos castellanos están tratadas y bien resueltas todas las pasiones humanas”, idea que no sólo le hizo apasionarse por la limpia literatura castellana (en la que no hay tragedia en coherencia con su inspiración cristiana) y deleitarse inmensamente con su lectura; también gozó comprobando que hay esperanza de regeneración humana y de reconciliación, precisamente porque esa literatura resuelve los nudos con que las pasiones encadenan a los hombres. Esa esperanzadora literatura se dirigía, no obstante, a un contexto social caballeresco que hoy ya no existe, ha sido borrado por la vorágine igualitaria. Del mismo modo, la elusión del agudo pesimismo plasmado en las distopías que, lamentablemente, verbalizan una cruda situación del mundo en que vivimos que contrastan con una reflexión sobre la esperanza evangélica al hilo del contenido en la encíclica *Spe salvi* del papa Benedicto XVI (de 30 de noviembre de 2007), que glosa la desesperación de los efesios porque estaban en un mundo sin Dios (*Epístola a los Efesios*, 2,12) y que entiende la esperanza en cuanto redención; igualmente ésta se dirige a personas y resulta inaccesible a los seres genéricos.

Se ha mencionado que, en la literatura cristiana y en el Evangelio que la inspira, hay desenlaces a los problemas humanos que no se encuentran en las distopías. Se reconducen a asumir la responsabilidad personal, el sufrimiento, a la reconciliación y al perdón (al padre en *La vida es sueño* de Calderón), a la misericordia (hacerse cargo de las miserias ajenas), a implorar la acción de la gracia. Cabe igualmente aprovechar la adversidad derivada de no poder hacer nada para cambiar la situación para procurar mejorarse uno a sí mismo, según propone Frankl, incluso cuando la persona se halle como una oveja en medio de lobos. Igualmente cabe soslayar la distopía con humor; lo que hace Chesterton cuando resuelve en una broma lo que, de otro modo, serían un fracaso, y una distopía: «Hasta que al fin Wayne dijo, muy despacio: –¿Todo era una broma? –Sí –Dijo Quin... Estamos locos porque somos dos lóbulos de un mismo cerebro, y ese

## Distopía

cerebro ha sido cortado en dos... el humorista... el fanático... hemos sido opuestos como hombre y mujer, para lograr en el mismo momento el mismo fin práctico. Tú y yo somos el padre y la madre del Fuero de las Ciudades... nada puede alterar el antagonismo... El ser humano, igual y eterno, alterará ese antagonismo entre la risa y el respeto... La risa y el amor están por todas partes. Las catedrales, construidas en la época en que se amaba a Dios, están llenas de figuras grotescas y blasfemas... La madre se ríe continuamente del hijo, los amantes se ríen continuamente el uno del otro, la mujer se ríe del marido, el amigo se ríe del marido»<sup>49</sup>. El humor y el reconocimiento de los antagonismos en su complementariedad salva la distopía, algo propio del cristianismo.

Ahora bien, el escollo de que no se pueda perdonar o redimir lo impersonal, de que intentarlo sea, incluso, como echar las perlas a los puercos, requiere algo más que la inmolación humana. Carece de sentido personar al animal que va a devorar a un ser humano, al completamente enajenado, al que actúa movido bajo intensas alucinaciones psicotrópicas o al ideológicamente alienado. Viven en mundos paralelos y antagónicos. No se puede conseguir entendimiento siguiendo la lógica de sus planteamientos que, por otra parte, son generalizados y ni siquiera dependen de ellos mismos. No ofrecen ninguna orientación positiva por el ignoto punto de llegada y porque el efecto performativo del lenguaje sobre una materia inadecuada frustra la forma que da sentido.

El mundo metamorfoseado de la distopía o metido en el proceso sin fin que conduce a la transformación política necesita volver a la realidad; dejado a su propio devenir se hunde en el fango y en la destrucción, el sufrimiento humano se atenúa eliminado a su portador, sus artífices pueden incluso disfrutar con ella. Lo tenemos en el dionisiaco *amor fati* del superhombre de Nietzsche que fagocita el sufrimiento humano para el disfrute del semidiós evitando que tenga sentido redentor para las víctimas. Pero no se recuperará sin el impulso externo de la gracia que quizá comporte una transfiguración para volver a la realidad personal.

## BIBLIOGRAFÍA

MARTÍNEZ MUÑOZ, Juan Antonio: *El Derecho en la cultura contemporánea*, Amzón, 2022, p. 183-215.

---

<sup>49</sup> CHESTERTON, G. K.: *El Napoleón de Notting Hill*, p. 193-4.



- BENSON, Robert Hugh (1907): *El señor del mundo* Ed. Palabra (Astor), Madrid, 4ª ed., 2016 (trad. de Rafael Gómez López-Egea).
- BRADBURY, Ray (1953): *Fahrenheit 451*, Penguin Random House (Debolsillo, Contemporánea), 2020 (trad. de Alfredo Crespo).
- CHESTERTON, Gilbert Keith (1904): *El Napoleón de Notting Hill*, Huso Editorial, Madrid, 2018 (trad. de José Adrián Vitier).
- GOLDING, William (1954): *El señor de las moscas*, Alianza, Madrid, 70 reimpr. de la 2ª ed. 2002 (trad. Carmen Vergara de Lord of the Flies).
- HUXLEY, Adolf (1932): *Un mundo feliz*, Penguin Random House-Grupo Editorial (Debolsillo), Barcelona, 15ª ed., 2017 (trad. de Ramón Hernández).
- KOESTLER, Arthur (1940): *El cero y el infinito*, Penguin Random House-Grupo Editorial (Debolsillo), Barcelona, 2017 (Prólogo de Mario Vargas Llosa, trad. de Eugenia Serrano Balanyà).
- MORO, Tomás: *Utopía*, Ariel, Barcelona, 2017 (trad. de Joaquim Mallafrè Gavaldà y con textos de Ursula K. Le Guin e Introducción de China Miéville).
- ORWELL, George -BLAIR, Eric- (1948): *1984*, Ediciones Destino, Barcelona, 27ª ed. 2002 (trad. Rafael Vázquez Zamora de Nineteen Eighty Four, 1952).
- ORWELL, G. (1945): *Rebelión en la granja*, Ediciones Destino-Planeta Argentina, Barcelona-Buenos Aires, 5ª ed. 5ª reimpresión, 2000 (trad. Rafael Abella de Animal Farm, 1945).
- RAND, Ayn (1938): *Himno*, Centro de Estudio del Capitalismo, Universidad Francisco Marroquín, Guatemala, 2012 (trad. de Adelaida Loukota de Anthem).
- ZAMIATIN, Yevgueni (1921): *Nosotros*, Hermida Editores, Paracuellos del Jarama (Madrid), 2016 (trad. de Alejandro Ariel González).

Juan Antonio MARTÍNEZ MUÑOZ

Universidad Complutense de Madrid.